

La Navaja

La navaja era tan pequeña que bien podría caber en el puño cerrado de una niña de once años. Tendría, más o menos, el tamaño de un cortaúñas pero era muy bonita y así se lo parecía a Ahmadou. Hacía tiempo que, al ir y volver del trabajo, cada vez que pasaba por delante del escaparate de aquel bazar se paraba a contemplarla. Incluso en dos ocasiones preguntó por su precio con el único motivo de poder tocarla y examinarla de cerca. Estaba decidido a emplear algunos de sus ahorros en adquirirla para aquella ocasión. El gasto merecería la pena. Lo que más le llamaba la atención era el brillo de su mango nacarado y la facilidad con la que su afilada hoja se podía introducir en la escotadura pasando desapercibida en un instante. Además, en un extremo tenía una pequeña arandela a la que uniéndola una fina cadena podría utilizar como adorno y una vez cumplida su misión sería para él un recuerdo perdurable del acontecimiento.

El día que por fin la compró no paraba de acariciar su suavidad y de darle vueltas contemplándola. La giraba en todos los sentidos y admiraba los reflejos que despedía con el tenue resplandor de una pequeña bombilla en el techo de su exigua vivienda. Estaba maravillado con la finura de la hoja y ni siquiera se atrevía a probarla seccionando algún pelo desprendido de su poblada barba. Debía de ser así para su encargo; tremendamente afilada, con un corte exacto y limpio que casi ni se notara. Ahmadou no deseaba que causara más daño del que fuera necesario. Así se lo había recomendado el chamán que bendijo la navaja necesaria para la ceremonia. Y él, fiel cumplidor de las costumbres y los preceptos rituales, lo había seguido al pie de la letra.

Ahmadou había llegado hacía años en patera junto con Nayah, su mujer, embarazada. El camino desde Burkina Faso se había prolongado varios años, y justo en el momento de tocar tierra nació Serina. Una niña de ojos enormes que con esfuerzo y grandes sacrificios habían logrado sacar adelante. Ahora tenía once años y una inocencia propia de su edad, reflejo del cariño con el que su madre la había criado. No así Ahmadou que, aunque la quería mucho, no había podido manifestarlo por repartir su tiempo entre un trabajo agotador y, el que le quedaba libre a la asistencia a la mezquita del barrio. Allí se aleccionaba de las prácticas y ritos de su religión y se relacionaba en la miseria con algunos compañeros que habían llegado en las mismas condiciones que él. Sin embargo Nayah había progresado en la integración; entendía los mandatos de la religión de forma diferente a su marido e incluso había aprendido el nuevo idioma y procuraba en todo momento que Serina fuese feliz en su tierra de acogida.

Por eso en el instante en que Ahmadou apareció con la navaja y unos billetes de avión, la respetuosa y fiel esposa comenzó a recelar. Volvían por vez primera en años a su pueblo natal. Según Ahmadou, Serina ya no era una niña y había que cumplir las tradiciones de acuerdo con las costumbres transmitidas desde antiguo y que eran del todo imprescindible seguir.

No sirvieron de nada las negativas de la madre. Las excusas que dieron en el colegio, en una época tan anómala, no fueron capaces de evitar la sospecha del motivo para faltar a las clases. Nayah se acordaba bien de lo mucho que sufrió en ese momento de su infancia. No podía apartarlo de su mente. Desde que entró en su casa la navaja ella solo vio y sintió miedo. Día y noche se representaba ante sus ojos aquel ambiente oscuro, gris y sanguinario. De

cómo sus oídos ensordecían con los cánticos y gritos de las comadronas. De ver sus ojos inyectados, sus manos y brazos llenos de sangre y como los buitres salían de entre la espesura de los árboles y la niebla atraídos por el inmundo olor acre. Pero lo que no pudo olvidar jamás fue el latigazo de dolor ardiente que le subió de la entrepierna a la espalda, al cuello y a la cabeza; la pesadez de los párpados y las rodillas; la falta de aliento y la sensación de que la tierra se hundía bajo sus pies. Eso no lo quería para Serina. No lo consentiría. Estaba decidida a impedirlo aunque le costara discusiones, a veces violentas, con su marido.

¡Y sonó la alarma! Apenas insinuada la bolsa de viaje en el escáner del aeropuerto sonó un pitido que no pudo por más que hacer que aparecieran lagrimas de alegría en el rostro de Nayah. El registro subsiguiente del equipaje descubrió la diminuta e imprescindible navaja para el ritual. La esposa, en un intento desesperado por impedirlo y consciente de que así fuera, “*olvidó*” la orden de su marido de esconderla para hacerla indetectable.

Ya arriba en el avión, más serena, sin miedo a un castigo todavía miraba con ojos vidriosos el cielo azul y el mar de nubes abajo. Y reflejada en el cristal de la ventanilla, por detrás de su cabeza, percibió con cariño la cándida sonrisa de los grandes ojos negros de su hija.

Día 6 de Febrero, en recuerdo del

Día Internacional contra la Mutilación Genital Femenina